

CLAVERÍA , Carlos:

"Nuevas notas sobre los gitanismos del español".

Boletín de la Real Academia Española, V. 33,
1953, pp. 73-93

Nuevas notas sobre los gitanismos del español

No considero mi libro *Estudios sobre los gitanismos del español* (*Revista de Filología Española*, anejo LIII), Madrid, 1951, como término de mis investigaciones sobre los problemas allí planteados, sino como principio de una tarea a realizar. Muchos reproches pueden hacerse a mis estudios (1). Entre ellos, la falta de un glosario o índice de palabras —que las circunstancias no me permitieron preparar— para facilitar la utilización de los materiales recogidos y estudiados. Pero será necesario también reconocer sus limitaciones y rellenar las lagunas que quedan en los esquemas históricos del libro y completar y aclarar con nueva documentación los problemas lingüísticos que allí se esbozan o se tratan con mayor o menor detalle, aprovechando también las observaciones y sugerencias que se me han hecho. Estas notas aspiran a ser complemento de mis

(1) He aquí las reseñas del libro de que tengo noticia: J. M. Blecua, en *Heraldo de Aragón*, 2 enero 52; C. J. Cela, en *Clavileño*, núm. 13, enero-febrero 1952, pág. 68; M. Fernández Almagro, en *ABC*, 12 marzo 1952; B. Gilliat-Smith, en *Journal of the Gypsy Lore Society*, Third Series, XXXII, 1952, pág. 140 y sigs.; F. Monge, en *Arbor*, XXI, 1952, pág. 457 y sig.; C. V. Aubrun, en *Bulletin Hispanique*, LIV, 1952, página 97 y sig.; S. Gili Gaya, en *Insula*, núm. 80, agosto 1952, pág. 6; W. Entwistle, en *Modern Language Review*, XLVII, 1952, pág. 617; y E. Tierno Galván, en *Revista de Estudios Políticos*, XLII, 1952, pág. 165 y sig.

primeros estudios sobre el elemento gitano del lenguaje popular español.

Creo que los *Estudios sobre los gitanismos del español* contribuirán a situar la existencia de numerosos grupos de gitanos en la península y su intervención en la vida nacional en el marco científico en que deben ser tratados. No me refiero sólo a la cuestión de su lengua y de su influencia en el lenguaje popular de los españoles, sino también a su historia y a su origen. Si dijimos que los gitanos de España parecían ser más conocidos que los del resto del mundo por la popularidad de los libros de Borrow, convendría añadir que parece que lo son por la lamentable confusión que los mismos españoles han producido explotando su pintoresquismo y presentándolos como uno de los productos más originales y artísticos de nuestro suelo. Esa confusión y una inevitable inclinación, no sólo española, sino universal, de romantizar e idealizar la raza y sus costumbres, hace que se haya divagado sobre los gitanos de España sin que el rigor de una ciencia gitanológica internacional, que cuenta con muchos lustros de existencia, penetrase en nuestro país para atajar la ignorancia y la superficialidad con que se trata todo lo referente a los gitanos y a su lengua. Hace poco fué posible que en las páginas de un periódico provinciano de Andalucía se entablase una disputa bizantina acerca del país de origen de los gitanos y se descubrieran mediterráneos de que hay numerosas palabras gitanas en uso entre los españoles que proceden de la lengua de los antiguos hindúes (1). Las obras que se han escrito recientemente sobre los gitanos españoles podrán aportar algún material de conocimiento directo y aclarar algunas cuestiones de folklore local, pero son difícilmente aprovechables para un conocimiento científico de las costumbres de los gitanos

(1) La polémica se inició el 2 de abril de 1950, en el periódico *Sur*, de Málaga, con un artículo firmado por D. Heber. *Parte del lenguaje castizo andaluz es de origen asiático. Los académicos no lo saben y si lo saben no dicen ni pio.* La discusión bizantina, con réplicas y contrarréplicas de colaboradores espontáneos y de redactores del periódico, se prolongó hasta bien entrado el mes de mayo. Una intervención del

actuales y del estado presente de decadencia en que se encuentra su lengua (1). La investigación directa de las gitanerías españolas puede proporcionar aún grandes sorpresas y contribuir no sólo al conocimiento del proceso de desintegración del *caló*, sino también a mayores precisiones sobre el léxico gitano que ha pasado a formar parte integrante de nuestro lenguaje coloquial (2).

El cuadro de la historia de los gitanos y de su lengua en la literatura española puede ser ampliado. No hay que olvidar que Feijoo se ocupó incidental y superficialmente de sus ori-

(1) Véase, por ejemplo, entre las obras más recientes: C. J. Ortiz de Villajos, *Gitanos de Granada. La Zambra, Granada, 1949*; y C. J. de Luna, *Gitanos de la Bética, Madrid, 1951*. En la obra de Ortiz de Villajos, pág. 49, se hace alusión a la decadencia del *caló* y se mencionan unos cuantos gitanismos corrientes en el lenguaje popular. J. C. de Luna se reconoce lego en cuestiones de filología y se refiere también a la decadencia de la lengua gitana actual, sin dar ninguna precisión acerca de los textos de *caló* que aporta, en algunas ocasiones, al parecer, de primera mano.

(2) Pueden encontrarse colonias de gitanos sedentarios en toda España, hasta en los sitios más inesperados: Véase, por ejemplo, C. J. Cela, *Viaje a la Alcarria, Madrid, 1948*, pág. 193: "En la Alcarria, el viajero se encontró gitanos por todas partes, gitanos que viven en paz y en buena armonía con los payos, gitanos trabajadores y buenos artesanos —churumajós que ponen bien la suela de los zapatos, patalarós que cantan martinetes en la fragua, cascarolerós que fabrican los más relucientes calderos, bajirinarós que construyen livianas y resistentes cestas—, gitanos sedentarios que se inscriben en el Registro civil, van a las quintas y viajan en coche de línea, gitanos que lo único que no hacen es casarse fuera de su raza." Publicaré en breve en el *Journal of the Gypsy Lore Society* los primeros resultados de mis investigaciones directas sobre la lengua actual de los gitanos españoles emprendidas con la ayuda de la *American Philosophical Society* y de la Universidad de Pennsylvania. La supervivencia del gitano español entra de lleno en el marco del problema que plantea a la lingüística general el fenómeno de extinción de una lengua, al que precede un periodo más o menos largo de bilingüismo: véase J. Vendryes, *La mort des langues*, en *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris, année 1933*. Paris, 1934, pág. 5 y sigs. y el capítulo "Cómo muere una lengua" de B. Terracini, *Conflictos de lenguas y culturas*, Buenos Aires, 1951, pág. 11

nes en su *Teatro Crítico* (1), al hablar de la quiromancia. Ni tampoco que el gran lingüista del siglo XVIII, el jesuita expulso Lorenzo Hervás y Panduro, escribió sobre ellos en su *Catálogo de las naciones conocidas y numeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos* (2), considerando la lengua gitana como una de las "nueve lenguas matrices de Europa". Pero ni Feijoo ni Hervás habían estudiado directamente el antiguo dialecto de los gitanos españoles, cuyo conocimiento sigue siendo, con anterioridad a los últimos decenios del siglo XVIII, uno de los más arduos problemas que ofrece el gitano español. Será, sin embargo, arriesgado hacer afirmaciones categóricas antes de estudiar a fondo el lenguaje germanesco y de someter a un cuidadoso análisis lo que hablan los gitanos en el primitivo teatro español (3). También el teatro menor del XVII y del XVIII pueden proporcionar los eslabones que nos faltan para relacionar el *caló* documentado por Borrow con la lengua primitivamente hablada por los gitanos que llegaron a España (4). La investigación de las tonadillas

(1) *Theatro Crítico Universal*, Madrid, 1732, t. II, disc. III, pág. 59 y sig. (J. C. de Luna lo menciona en su obra citada, pág. 230).

(2) Vol. III, parte I, Madrid, 1802, pág. 229 y sigs. Las fuentes de información de Hervás son, sobre todo, además de la traducción francesa del conocido libro de Grellman, las obras de Ludolfus (Leutholf), *Ad suam historiam aethiopicam commentarius* (Frankfurt, 1691), y Martin Delsio, *Disquisitionum Anagiarum libri sex* (Lyon, 1608).

(3) Hace unos años el llorado Amado Alonso, recientemente fallecido, sometió a mi consideración algunos textos publicados por Rouanet, *Colección de autos, farsas y coloquios del siglo XVI*, Barcelona, 1901, en que hay pasajes en boca de gitanos de difícil interpretación. Cito uno solo, I, págs. 209-210, en que una gitana parece ya emplear voces aun conocidas hoy en el *caló*:

Pues no me days monrón?

Ojala manguen de que...

(4) La misma obra de J. I. González del Castillo, el autor gaditano que abre las puertas al *caló* en sus sainetes, debería ser estudiada con detención teniendo en cuenta también obras aún inéditas. Véase, por ejemplo, la abundancia de voces gitanas en el *Sainete titulado El tio*

escénico puede facilitar sin duda también datos curiosos de la "gitanización" de la escena (1).

Cabrá igualmente profundizar más en los inicios de la incorporación consciente de los gitanismos en formas literarias más nobles. Ya vimos que Le Gentil, en su estudio sobre Bretón de los Herreros, hacía referencia al hecho de que "Impeccable Somoza" había compuesto un *Romance gitanesco*. En ese romance, José Somoza, a caballo de dos siglos, considerado, sin embargo, como un escritor del siglo XVIII, pone al lado de la corrección y de la delicadeza de sus composiciones poéticas la nota popular aprendida, en un ambiente de majeza propio del siglo, en sus tratos con toreros y comediantes (2). El romance no es sólo "gitanesco" por el tema, sino por el vocabulario. Véanse los siguientes versos:

Con que es fijo, chaira mía,
que tu gracia he camelado...

.....
¡Qué estrella tan desdichada
lucirá sobre tu chairo
si te faltan las carañas
y el columpio de ese garbo!

Conejo meliendo la cara en barro o Los gitanos de Cádiz, manuscrito de la "Colección Teatral" de D. Arturo Sedó, copiado en 1843 y procedente de la colección de N. Díaz de Escovar que se lo atribuía a González del Castillo.

(1) Véase, por ejemplo, J. Subirá, *La tonadilla escénica*, I, Madrid, 1928, pág. 383; y III, Madrid, 1930, pág. 65. Habría que añadir a los testimonios de la "gitanización" de la escena en el siglo XVIII la numerosa lista de sainetes de títulos gitanescos que da C. A. de la Barrera, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, Madrid, 1860, pág. 660.

(2) Véase el "estudio preliminar" de J. R. Lomba y Pedraja, *Obras en prosa y en verso de D. José Somoza*, Madrid, 1904, pág. xxii; véase también en *BAE*, LXVII, pág. 456 y sigs. un significativo texto sobre "usos, trajes y modales del siglo XVIII" acerca de las costumbres de los caballeros de la época que fueron probablemente las del propio Somoza: "Se vestían de "majos" para ir a los toros", y "para tan dulce recreo mezclábanse entre la plebe los más graves personajes con montera magueña..."

No hay más muerte que una muerte,
el *churi* de tus agravios... (1).

También otro fino escritor, a últimos del XVIII, Cándido María Trigueros, en una novelita titulada *Quatro cuentos en un cuento*, en que se intenta imitar de lejos temas y estilo cervantinos, introduce, sin embargo, palabras gitanas en su relato. Por ejemplo: "Dios te libre de buen *buchi* y mal *chinel*"; "anda hecho un gitano... no más que por *camelarme*"; "tenia muchos *parneses*"; y en una copla:

Que el *buchi* con los *chinelas*
los trague el *estaribel*
y se *nagen* con el humo
por la gracia de *Ondebel* (2).

El autor observa en nota: "Aunque al imitar el estilo gitanesco huyo de molestar con palabras de su jerga, es forzoso explicar algunas y las explicaré." Y así lo hace: *buchi*, 'verdugo'; *chinel*, 'alguacil'; *estaribel*, 'cárcel'; *najarse*, 'escurrirse, escaparse, huir en tiempo oportuno'; etc.

Tal vez recurrí con exceso en mis estudios sobre los gitanismos del español a textos dramáticos por razones obvias: el teatro costumbrista andaluz, desde principios del siglo XIX, ofrecía abundancia de palabras en *caló* al querer reproducir el lenguaje familiar de los gitanos que ponía en escena. Los textos costumbristas andaluces en prosa consultados prometían ya, sin

(1) *Obras*, pág. 230; y *BAE*, LXVII, pág. 474 y sig. En *Obras*, pág. 422 y sigs. se incluyen "algunas poesías de atribución dudosa", en que también hay gitanismos:

Cuando viene a la marina
a comprarme alguna Já...

Vámonos ya de la playa
porque ya tengo palné;
mi curriya se desmaya
cuando no tengo un calé...

(2) *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables*. I. Madrid, 1804, págs. 06 y sigs. 156 y 160.

embargo, abundante cosecha, y lo mismo la novela. Unos ejemplos pueden bastar para mostrar las posibilidades que tuvieron esos textos de difundir voces gitanas: J. de Olona escribió, en 1859, unos cuadros de costumbres andaluzas en que incorporó constantemente una serie de palabras gitanas y de vulgarismos andaluces que explicó cuidadosamente en notas (1): *gaché*, 'policía'; *chavales*, 'hijos, niños'; *puró*, 'viejo'; *bato*, 'padre'; *jara*, 'onza'; etc. Una interesante revista de Barcelona de mediados de siglo, *La Abeja*, consultada al azar, nos ofrece un interesante artículo sobre costumbres malagueñas en que lamenta el cambio de los tiempos y se recuerda a "los antiguos andaluces de capa y montera" del barrio de la Trinidad. El texto rezuma de palabras gitanas: *juncá*, *guipado*, *pinreles*, *chusqués*, *canguelo*, etcétera (2). Idéntico medio de difusión suponía la novela. Le-

(1) *Recuerdos de Andalucía. Costumbres, tipos, trajes. Romances*, Barcelona, 1861, págs. 25, 37, 71, etc. Una de las colecciones de "cuadros de costumbres" que aproveché en *Estudios* por su rico vocabulario "gitanesco" ha sido objeto de una excelente monografía: M. Ucelay Da Cal, "*Los españoles pintados por sí mismos*" (1843-1844). *Estudio de un género costumbrista*, México, 1951; en pág. 156 y sig. se observa: "La invasión francesa vino a ayudar este proceso [de andalucización de los usos, que se inicia a fines del siglo XVIII]. Primero la reclusión del Gobierno en Cádiz y después el sentimiento de exaltación de lo nacional contribuyeron a que al terminar la guerra este andalucismo de las costumbres se acentuase sensiblemente. En 1814 Andalucía se ha impuesto en la Capital. Como dijimos, no sólo los trajes, sino las danzas populares... E incluso la lengua popular, el *caló* gitano, está de moda, y esto se advierte en el hecho de que aparece empleado no ya para caracterizar por el lenguaje ciertos tipos de las capas sociales más ínfimas..., sino introducido por los escritores en su propio estilo y usado por un gran número de ellos con profusión y evidente dominio." En pág. 157, nota 76, la autora indica que ha contado "más de 300 términos diferentes" de *caló*. Claro que no todas esas palabras son de origen gitano, porque usa aquí *caló* en su sentido más lato de jerga.

(2) *La Abeja. Revista científica y literaria ilustrada, principalmente extractada de los buenos escritores alemanes por una sociedad literaria*, V, 1866, pág. 423 y sigs. El costumbrismo andaluz, aun el más depurado y poético de fines del XIX, arrastró "gitanerías"; véase A. F. Soria, *Ganivet y los costumbristas granadinos*, en *Cuadernos de Literatura*, V, 1949, pág. 205 y sigs. J. F. Montesinos, *Notas sueltas sobre la fortuna de Balzac en España*, en *Revue de Littérature Comparée*, XXIV,

do novelones de Manuel Fernández y González, de los que él llamó "de *bandíos*" o "novelas flamencas", es fácil convenirse de ello. En mis *Estudios* había utilizado *Toros y cañas*, pero *Diego Corrientes*, *La chula sensible*, *El guapo Francisco Esteban*, *La Reina gitana*, *El Chato de Benamejí*, etc., ofrecen también un sinnúmero de gitanismos incorporados conscientemente y en tal cantidad que el autor se ve obligado en ocasiones a explicar los términos que pone en boca de los personajes populares andaluces (1). Fernández y González hace gala en muchas ocasiones de su conocimiento del mundo gitanesco (2). No hay duda de que el autor había conocido a gitanos que hablaban "caló cerrado" o a "aficionados" que dominaban la jerga de los "flamencos": al lado de gitanismos como *achares*, *guillado*, *mengues*, *butén*, *paripé*, *chimuyar*, *gachó*, *gindama*, *chala-do*, *muy*, *terne*, etc., hay otros que no se incorporaron, ni poco

1950, pág. 317, observa sobre los tanteos de los escritores españoles de la primera mitad del siglo XIX para lograr una visión literaria de la realidad española: "La única esperanza de hallar algo genuino y castizo la despierta el bajo pueblo, cuando no se busca aquello en fenómenos episódicos y anómalos, o entre gentes allegadizas venidas en aluvión sobre nuestra tierra, como los gitanos."

(1) Véase, por ejemplo, *La chula sensible. Novela de costumbres flamencas*, Madrid, 1884, pág. 90: "Y en último resultado romandínase, esto es, cácase con la jamona..."; "se le había revuelto a la Felipa el pañicoró, esto es, el aguardiente..." (véase también la nota siguiente). En la revista que publicó por esa época J. M. Sbarbi, *El Averiguador Universal*, I, 1879, págs. 324 y 327, y II, 1880, págs. 181-2, comprobamos el interés de ciertos contemporáneos por el significado y etimología de algunas palabras de caló: *butén*, *veró*. (El interés de los "aficionados" por las palabras "gitanescas" no parece disminuir con los años; véase, por ejemplo, para la etimología de *flamenco*, A. Arévalo y García, *La copla andaluza*, Córdoba, 1947, pág. 10.)

(2) Véase, por ejemplo, *Diego Corrientes (Historia de un bandido célebre)*, Madrid, 1886: "los flamencos, quiero decir los gitanos, pa que usia lo entienda mejor, llaman *guillabar* al canto, y *guillabaor* al que canta, es decir, al *cantaor* que canta bien, y eso es y no más" (I, pág. 30); "los gitanos no se casan con las castellanas ni con los castellanos las gitanas" (I, pág. 39); "nadie mejor que los gitanos conocen a esta clase de gente; porque los gitanos tienen algo de idólatras y se entregan a supersticiones a pesar del celo del Santo Oficio" (II, pág. 253).

ni mucho, al lenguaje popular común de los españoles, pero que seguramente estaban en uso en Andalucía por aquella época (1). En las novelas de Fernández y González tienen sin duda su antecedente muchas de las novelas posteriores de costumbristas andaluces y de ambiente naturalista "achulapado" madrileño.

Por otra parte, el triunfo claro y evidente de lo "flamenco" en el teatro podría documentarse con otros numerosos y significativos testimonios: Por ejemplo, el hecho de que fuera posible llevar a escena parodias en "caló" de obras extranjeras y nacionales que habían gozado del favor del público. Conozco *Mariana la Barlú. Parodia del drama de Scribe titulada "Adriana Lecouvreur" por el Licenciado Escribe. Representada con extraordinario éxito en el Teatro de la Cruz el 4 de mayo de 1852* (Madrid, 1852) (2), y la obra de J. M. Honor. *El churí del Ecijano. Parodia de "El puñal del godó"*, 3.ª ed. (Madrid, 1881), que por el número de ediciones debió leerse bastante (3). Este

(1) Véase, por ejemplo, *La Reina gitana* (cito por la reimpression de Barcelona, 1942), pág. 34: "El chavó tiene *archenes*" ("dineros"); *La vieja verde*, Madrid, 1883, págs. 9 y 173: "*sundelaba* a momia"; "le *sundelaba* un poco el aliento"; *El Chato de Benamejí*, I, Madrid, 1878, pág. 804: "La vió y se quedó *espirrabao*." (Compárense algunas voces gitanas que eran habituales a mediados del siglo XIX, pero que no arraigaron tampoco, en mi nota *Algunas denominaciones jergales del dinero*, próxima a publicarse en *El Correo Erudito*.

(2) Los personajes, aparte de *Mariana la Barlú*, son *La tía Gilanda* y *El tío Gilando*, con cuyos nombres se juega. Los gitanismos son abundantes y el lenguaje "flamenco" hace la parodia de las situaciones dramáticas de la obra francesa: *andoba*, *gillí*, *mengues*, *guillar*, etc.

(3) Los versos de Zorrilla aparecen trasladados a un ambiente y un lenguaje "flamencos"; véanse págs. 8, 12, 25, y 31:

Mulé me diñe er buchí
antes que menée la mui
San Cristo, qué idea chanelo!
Yo soy un hombre, ¿estató?...
que con la fosca pañí
er cuerpo me lo empañé:
esta techumbre guipé
y en eya me sambuyí...
y sin que creais bulería
lo que ahora le digamos

"flamenquismo" de la escena no impedía, sin embargo, que el tema de los gitanos no tuviera, al mismo tiempo, el tratamiento romántico habitual del teatro europeo (1).

Constantemente se encuentran en lecturas de obras del siglo XIX testimonios abundantes de lo profunda que fué, desde fines del XVIII, la "flamenquización" de las costumbres y de cómo absorbió gitanismos el lenguaje de las clases superiores en contacto siempre renovado con unas clases populares gitanizadas a su vez, primero en el Sur de España, en la Corte luego (2). Esta tendencia se hace patente en muchas ocasiones a lo largo

(1) Véase, por ejemplo, E. Zumel, *El gitano aventurero*, Málaga, 1854 (en verso). Sobre la idealización del tipo de la "gitanilla" en el Siglo de Oro, véase la reciente tesis doctoral de P. W. Bomli, *La femme dans l'Espagne du Siècle d'Or*, La Haye, 1950, pág. 334 y sigs.

(2) Hablando M. Fernández y González, *La sobrina del cura (Historia de una perla)*, Madrid, 1881, pág. 82 y sigs., de los tipos populares madrileños y de sus costumbres, dice: "La maja era un tipo de importancia suma en Madrid, de una grande influencia y de una tal magnitud inexplicable... Eran, ya lo hemos dicho en otras ocasiones, los Grandes de España de barrio bajo... La maja pasó a principios de este siglo, cuando desaparecieron Goya y Don Ramón de la Cruz..., y mucho cambió nuestro modo de ser social y político por los cambios de 1814 y 1823. La manola heredó a la maja. Era la misma cosa, pero en progreso. Era el mismo tipo, la misma raza. Sólo que se había aseñoreado y había perdido fanatismos, como las altas damas se habían desenmajado en gran parte... Por lo demás, continuaban las cualidades características, esto es, el desgarro, la ocurrencia irresistible, la propensión a los agarramientos de los moños..., el guitarreo, el cante, el continuo jaleo, el lujo immoderado y fanfarrón..." En pág. 87 se refiere a la "literalización" de las "chulillas" que con folletines "se embriagan más que con el peleón cuando se les ocurre ir de *juelga* al puente de Vallecas o zambullirse en *el Imperial* para hartarse de lo flamenco y del zapateado..." Gustavo Adolfo Bécquer, en un artículo titulado *La "Nena"*, dedicado a la bailarina de este nombre (*Obras completas*, Madrid, 1949, pág. 33 y sigs.), hablaba ya con nostalgia de unas tradiciones "flamenecas" en trance de desvirtuarse y de desaparecer para siempre al contacto de la moderna civilización: "en vez de componer los romances de los *Siete Niños de Ecija* y de cantarse cantares flamencos. leerá periódicos y tarareará aires de ópera", todo será, en suma, "menos pintoresco, menos poético".

del siglo, desde la época de Carlos IV (1). En el traje, en la conducta y en el lenguaje eran todos unos. M. Fernández Almagro ha recordado hace poco el atuendo popular andaluz de Antonio, el protagonista de la primera novela de D. Juan Valera, *Mariquita y Antonio* (2), que pudo ser la misma del autor cuando joven, la misma del protagonista de *Las ilusiones del Doctor Faustino*, señorito andaluz de pueblo y estudiante en Granada. M. Méndez Bejarano nos presenta un insospechado retrato campero andaluz del autor de unas *Consideraciones sobre la Iglesia en sus relaciones con el Estado* (Madrid, 1851), un aristócrata español, el Conde de la Vega de San Juan (3). La prensa gráfica española ha reproducido en los últimos tiempos fotografías juveniles de una Infanta de España con chaquetilla corta de alamares y tocada de monterilla.

Puede enriquecerse fácilmente la colección de textos de escritores conocidos del siglo XIX que ilustran el fenómeno de la "flamenquización" de costumbres de la época, propicia a aceptar voces gitanescas e incorporarlas a su lenguaje:

(1) J. R. Lomba, en su citado estudio a las obras de Somoza, página XXII, escribía en 1904, refiriéndose a los defectos de la sociedad en la que vivió el autor: "Muchos [hay que cayeron] en la [cuenta] general de la aristocracia española, baja siempre de tono, escasa de cultura y de señorío, ayuna de ideales, inclinada perpetuamente hacia la plebe por temperamento. Aquellos infamantes días de Carlos IV, aquella alta sociedad inficionada de *majismo*, ásperamente reprendida en *El Pensador* por Clavijo y Fajardo y por Jovellanos en sus sátiras a Arnesto, abundaba en *manolos* aristocráticos. Estaban muy a la moda toda clase de atuendos caballerescos. Los señoritos de gran linaje lucían bravamente su *aire de taca* que los ponía al nivel de los majos de Lavapiés: sus modelos. La semilla, por cierto, no se ha perdido: hoy la vemos renacer con nueva fuerza..."

(2) *Granada en la literatura romántica española*, Madrid, 1951, página 40 y sig.

(3) *Historia de la Filosofía en España hasta el siglo XX*, Madrid, s. a., pág. 415: "Al ver la imagen de un hombre en mangas de camisa, deshecho el nudo de la corbata, con faja, sombrero calañés, la chaqueta de alamares a un lado y el puro a medio fumar entre el índice y el corazón, jamás se figuraría nadie contemplar el retrato de un conde, de un filósofo ni de un hombre político. Y, sin embargo, de todo tenía el autor de este ya rarísimo libro."

Hay uno significativo de Manuel Fernández y González que en una de sus novelas hace que un francés, que observa asombrado las costumbres españolas, anote, si no en su "carnet", sí en su memoria:

En España los grandes señores concurren con sus damas de compañía a los cafés *flamencos* donde van los chulos y los gitanos, y se ejecuta, con una orquesta de guitarras, un baile ruidoso que consiste en golpear a compás con los pies una gitana muy linda en un tablado sonoro; a este *tapaje* le llaman el *zapateado*... (1)

El P. Luis Coloma nos presenta en uno de sus cuentos, *Polvos y lodos*, a un aristócrata muy de su época y ambiente, Manolo H***, gran amigo de toreros, en una habitación que es mezcla de lujo y de "flamenquería". En ella, como en un altar, en un rincón, con una garrocha y una montera:

formaban en uno de ellos un extraño trofeo, varios estoques de matar y algunas lujosas banderillas, con una cabeza de toro en el centro dise- cada, con ambos cuernos dorados... (2)

Benito Pérez Galdós, que se documentó sobre las costumbres de los distintos estamentos de la sociedad española del siglo XIX, para escribir con veracidad sus *Episodios Nacionales*, nos ha dejado en ellos testimonios de la andalucización y de la gitani- zación de España a mediados del siglo XIX. En un "episodio" de de 3.ª serie, presenta a Ibraim, "clérigo gitano", y a un jaque que, aunque nacido en Candelario, va vestido a la andaluza, "con sombrero ancho, con patillitas de boca e jacha", y que cecea "con presunción de guapeza": "su andalucismo era más de cuar- teles madrileños que de sevillanos bodegones" (3). Pero, en otro de ellos, el que simboliza el espíritu y la época de la Unión Liberal en el poder, la protagonista femenina del relato está rodeada de señoritos caballistas y bebedores. Viene a Madrid "contratada por un rico ganadero, facha un si es o no es torera".

(1) *La chula sensible. Novela de costumbres flamencas*, Madrid, 1884, pág. 95.

(2) *Obras completas*, Madrid, 1943, pág. 286 y sigs.

(3) *Episodios Nacionales*, Madrid, 1911, págs. 75 y 77.

Con él alterna Manolo Tarie, diputado entusiasta de O'Donnell, que luce "el empaque andaluz del marsellés y calañés":

Era un caballero joven a quien las aficiones a la jácara y a las cañitas no privaban de la exquisita distinción en sociedad. A todo hacía, mos- trando igual superioridad en ambos papeles: era el primero en las zam- bras andaluzas, el primero en la cortesanía que podemos llamar europea, terreno común de la civilización... (1)

En cuanto al lenguaje de esas clases superiores de la socie- dad, el contagio de los dichos y modismos populares se le hacía a Pérez Galdós evidente. En su novela *Lo prohibido*, en que hace un estudio de la burguesía de su tiempo, se refiere a la mezcla, en el lenguaje coloquial, de galicismos y "flamenquis- mos" que observaron también Valera y otros:

Hice esta observación en casa de mi prima, oyendo hablar de tan dis- tintas maneras, pues unos arrastraban y descoyuntaban las frases de estirpe francesa, impotentes para darles vida dentro de la sintaxis cas- tellana; otros, despreocupados, lanzaban a boca llena las picantes frases castizas que, por arte incomparable, nacen hoy en el populacho y se aris- tocratizan mañana... (2)

La importancia que tuvo Madrid en el arraigo de los gita- nismos en el español fué decisiva. Y no sólo porque la Corte

(1) *O'Donnell*, Madrid, 1920, págs. 228 y 280.

(2) *Obras completas*, IV, Madrid, 1949, pág. 1709. Galdós hizo aplicación de sus observaciones en sus novelas, porque L. Alas, *Galdós*, Madrid, 1912, pág. 109, observó de algunos de los personajes galdos-ianos: "Hablan el lenguaje de ese pueblo bajo, embrutecido, como parte de nuestra nobleza, por los toros y la vida flamenca." Habría que re- plantear el problema del conocimiento del *caló* de Galdós y de su uso en el lenguaje popular de sus personajes (véase J. de Onís, *La lengua popular madrileña en la obra de Pérez Galdós*, en *Revista Hispánica Moderna*, XV, 1949, pág. 353 y sigs; véase un curioso y elvidado pró- logo de B. Pérez Galdós, sobre el lenguaje popular, a A. Casero, *La Musa de los Madriles*, Madrid, 1914, pág. VIII): En algunos "episo- dios" como *Los Ayacuchos* y *De Cartago a Supto* se encuentra un rico vocabulario gitano, especialmente en el segundo. *La Brava*, personaje de este último "episodio", emplea en su conversación dicharachos "fla- mencos" (véase ed. Madrid, 1931, pág. 25) y repite con orgullo: "Por la gloria de tu madre, Titim, pégame un cate siempre que me digas

fué crisol del andalucismo importado de los aficionados "flamencos" y del contacto íntimo de las clases altas con las inferiores, sino por la creación de una literatura madrileña costumbrista que se manifestó principalmente en el teatro, pero que tuvo también otros exponentes. Es decir, que no fué sólo el teatro de López Silva y de los que, comó Arniches y otros saineteros, siguieron sus huellas lo que contribuyó a enraizar el *caló* en Madrid, sino que el costumbrismo en prosa, en la novela y en el artículo periodístico, y hasta un nuevo género de "poesía madrileña", dió cabida a la "flamenquería" del ambiente y contribuyó, sublimándolo, a su popularidad y difusión. En la expresión literaria del Madrid de C. Frontaura y A. Casero, en el de E. Ramírez Angel (1) y de E. Carrère y de P. de Répide y de tantos otros que simultanearon el ejercicio del periodismo con su cultivo de la lírica, de la novela y del drama, habrá que buscar la fuente de la gran difusión de muchos gitanismos del actual lenguaje popular. Ese Madrid de la vuelta del siglo tuvo mucho de Madrid "flamenco", achulado a lo *cañí*, con un hampa que habla el *caló* de los colmados andaluces y de los presidios (2). Profundizar en él y en su vocabulario requeriría tiempo y espacio, pero no hay duda de que los gitanismos penetran

decir alguna de esas porquerías... ¡Estaría bueno que en Madrid cuando me vea con personas bien habladas, suelte yo un *diquelar*, un *man-gue*, un *cañgrí*...!" Galdós había hecho estudios directos del lenguaje "flamenco" en la Corte: En 1915, en *Guía espiritual de España (Obras completas, VI, Madrid, 1942, pág. 1563 y sigs.)*, recordaba: "Desde las Vistillas al Hospital, desde las Injurias a las Peñuelas, a los Pozos de la Nieve, y desde San Cayetano a San Sebastián, lo que más me daba quebraderos de cabeza era el dominio del lenguaje majó, chulesco o como se le quiera llamar..."

(1) Véase lo que observa F. Carmona Nemclares, *La prosa literaria del Novecientos*, Madrid, 1929, pág. 86: "Hablan los personajes de Ramírez Angel el lenguaje del pueblo. Detrás de cada uno de ellos vemos al novelista manejando los términos populares de ese lenguaje en un estilo que es muy suyo."

(2) Véase *Madrid en los versos y en la prosa de Carrère*, Madrid, 1948, especialmente pág. 73 y sigs.; 150 y sigs.; y 255 y sig. Compárese también *Madrid en los versos y en la prosa de Carrère*, Madrid, A. Velasco Zazo, *La miscela de mi tiempo*, Madrid, 1915.

hondamente, por debajo y a través de esa literatura, en el lenguaje popular de todos los españoles (1).

Planteamos también la cuestión de la decadencia del "flamenquismo" y del retroceso de los gitanismos en el uso. Hay, como decíamos, formas del "flamenquismo" vivos aún y que, podría decirse también, están hasta en pleno renacimiento y auge: Las compañías llamadas de "folklore" son cada vez más numerosas y recorren la península con éxito indudable, esparciendo a troche y moche "andalucismo" de pandereta, y existen también artistas actuales que siguen la gloriosa tradición del "cante" y baile "flamencos" y que apasionan a muchos de nuestros contemporáneos (2). Pero los libretos de las obras que ponen en escena las dichas compañías de "folklore", pese a la coyuntura, apenas si emplean gitanismos, y cuando lo hacen se trata de los más corrientes (3). Si recurrimos a la última literatura para comprobar hasta qué punto ciertas aficiones y manifestaciones "flamencas" siguen perdurando y, al mismo tiem-

(1) Véase un ejemplo —entre los muchos que pudieran estudiarse— de la profunda penetración del *caló* en un autor de "madrileñerías", dentro de la tradición mejor de López Silva, A. Casero: "Pa querer a un gacholi como menda"; "y la moza más barbi / no seas guasa"; "salió un gachoncito de la tasca"; "si en este mundo el que abiyela vive"; etc. (*La gente del bronce*, Madrid, 1896, págs. 27, 29, 38 y 119); "sonsi la *muy*"; "y eso ni es *chis* ni es auténtico"; "y los *clisos* que *habiyelas*"; etc. (*Los gatos*, Madrid, 1906, págs. 6, 34 y 87); "chanelo yo del *mosamen* de la *bulipén* con gracia"; "y el hombre que no *terela*"; "a él te viste su *momusa*"; "si *mimén* le endica"; etc. (*El pueblo de los majos*, Madrid, 1912, págs. 19, 147 y 249); "no se le niega la *brinca*"; "si yo no aviyo *jayeres*"; "gentes del *ful*"; "moza *junca*"; etc. (*La Musa de los Madriles*, Madrid, 1914, págs. 22, 116, 124 y 224); "me resulta un *lipendi*"; "un cartel de *postinera*"; "lo que estás tú es *acharao*"; "dices que no te *camelo*"; "*haciéndote* la *lilaila*"; etc. (*De Madrid al cielo...*, Madrid, 1918, págs. 19, 71, 160 y 200); etc.

(2) Véase Fernando el de Triana, *Arte y artistas flamencos* (2.ª ed.), Madrid, 1952, en que se destaca la abundante participación de gitanos entre los "bailaores" y "cantaores". Sobre la decadencia de la zambra granadina, véase una deliciosa viñeta de E. García Gómez, *Silla del Moro y Nuevas Escenas Andaluzas*, Madrid, 1948, pág. 211 y sigs.

(3) Sólo en un caso, y como excepción, he oído un gitanismo menos habitual: *carra*, *leio*.

po, encontrar testimonios de un cierto retroceso en uso actual de ciertos "gitanismos", el libro de A. Díaz Cañabate, *Historia de una taberna*, Buenos Aires, 1947, nos proporciona unos buenos ejemplos: El autor —nacido a principios de siglo— escribe, en 1942, recordando su juventud y engarzándola con el presente: "Ahora nada tiene importancia y los achaques no son más que una palabra arrinconada de esas que usa Azorín para asombrar a los lectores de *ABC* ..." (pág. 177); "juncal, adjetivo muy de moda entonces..." (pág. 187). En dos novelas recientes que pretenden recoger el ambiente y el lenguaje convencional de los españoles de hoy, D. Fernández-Flores, *Lola, espejo oscuro*, Madrid, 1950, y C. J. Cela, *La colmena*, Buenos Aires, 1951, se demuestra lo profundamente arraigado del vocabulario gitano en el lenguaje popular que es empleado de manera natural e inconsciente por parte de los autores. Pero los gitanismos (*camelador, chalar, chaladura, pírar, andoba, mangante, barbián*, etc.) son los que todo el mundo conoce y usa (1). Lo mismo podría comprobarse seguramente en otras novelas de última hora de la misma línea (2). El caudal léxico gitano incorporado al lenguaje popular español parece ya definitivamente cristalizado e inalterable (3). También lo gitano parece haber dado de sí todo lo que podía dar en nuestra literatura, como no sea la simple repetición de los temas más convencionales en la literatura costumbrista dramática de infimo orden (4).

(1) En *Lola, espejo oscuro*, pág. 30, se usa otro: "y airosa y juncal como una faraona". La consciencia de que *el juncal* se está ante un adjetivo "gitano" parece evidente, así como la etimología popular de *juncal* en pág. 21: "espigada y esbelta como un junco"; recuérdense las observaciones de mi estudio *Un adjetivo "flamenco": 'juncal'*.

(2) Véanse las observaciones de C. Collazo, *El argot en la novela*, en *Insula*, núm. 68, agosto 1951, pág. 6, sobre el lenguaje popular en las novelas de Cela, Suárez-Carreño, Elena Quiroga, etc.

(3) Pese a que se siguen representando obras dramáticas costumbristas de ambiente andaluz con abundantes y raros gitanismos; véase, por ejemplo, L. Fernández de Sevilla y L. Tejedor, *Er.u tres: Un gitano y un marqués...*, Madrid, 1940.

(4) Se están dando constantes vueltas al gitanismo de la poesía de Federico García Lorca. No debió este profundizar mucho en los co-

Para completar estas notas adicionales a la introducción de mis *Estudios* habrá que recoger también todo aquello que se refiere constantemente a los problemas específicos del vocabulario allí planteados, y, en primer lugar, un artículo de M. L. Wagner, *A propósito de algunas palabras gitano-españolas*, en *Filología*, III, 1951, pág. 141 y sigs., en que el sabio lingüista alemán estudia algunas de las voces que yo, a distancia y sin conocimiento de ello, estudiaba por mi cuenta (1), y algunas de las observaciones que han empezado a hacerse en revistas

nocimientos de la raza y de sus costumbres y lengua. Prueba de ello es que perpetuó, como algo que le causó profunda impresión, la frase de un "cantaor" a que se refiere R. Alberti, *Primera imagen de...*, Buenos Aires, 1945, pág. 26 y sig., que hace alusión al supuesto origen egipcio de los gitanos: En su libro *Poema del Cante jondo*, Madrid, 1931, pág. 99, las "Viñetas flamencas" van dedicadas: "A Manuel Torres. "Niño de Jerez", que tiene tronco de Faraón". Hay también unas declaraciones, hasta ahora inéditas, de Lorca, muy explícitas, recogidas por J. A. Crow, *Federico García Lorca*, Los Angeles, 1945, pág. 12 y siguiente: "El gitanismo es tan sólo un tema, uno de los muchísimos que tiene el poeta, pero no fundamental en sus obras ni mucho menos persistente. El *Romancero gitano* es un libro en el que el poeta ha acertado por el tono del romance y por tratarse de un tema de su tierra natal, pero no se puede clasificar a este poeta..."; compárese otro texto de García Lorca en *Cartas a Jorge Guillén*, en *Inventario*, III, 1950, página 53: "Los gitanos son un tema y nada más." No hace mucho, un sacerdote granadino, J. Gutiérrez Padial, *Salterio gitano*, Granada, 1948, ha escrito una especie de "romancero gitano a lo divino" en que ha creído necesario incluir algunas palabras gitanas para dar ambiente a su evidente imitación lorquiana. Recientemente se ha hecho referencia, en los estudios sobre la obra poética de Manuel Machado, a la "majeza gitana" del autor reflejada en sus versos: véase M. Pérez Ferrero, *Vida de Antonio Machado y Manuel*, Madrid, 1947, pág. 146 y sig.; y J. Moreno Villa, *Los autores como actores*, México, 1951, pág. 102 y sigs.

(1) Las palabras estudiadas por Wagner son: *camelar, camampa, jalar, jamar, randa, pira, postín, juncal, hollín, jollín*. El mismo Wagner, *Apuntaciones sobre el caló bogotano*, en *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, VI, 1950, pág. 181 y sigs., ha encontrado nuevos gitanismos en el "argot" delincuente de la América española; véase *Estudios*, pág. 16, nota 15, y mi artículo *sobre terca*, próximo a aparecer en un número en memoria de Amado Alonso de *NRFH*.

científicas a mis estudios etimológicos, así como a otras publicaciones que pueden contribuir a aclarar ciertos puntos de los *Estudios*.

La creencia de que en *undevel* se esconde, prefijado, el artículo indeterminado español se encuentra en O. Deutschmann, *Formules de malédiction en espagnol et en portugais*, en *Boletín de Filología*, X, 1949, pág. 227 y sig., nota 36, que parece seguir creyendo en la insostenible tesis del monoteísmo de los gitanos y en la persistencia de antiguas religiones entre los gitanos españoles. Por su lado, B. Gilliat-Smith, en *JGLS*, Third Series, XXX, 1951, pág. 79 y sig., contribuye a destruir para siempre todo fantaseo sobre ese tema de filólogos de ocasión. Gilliat-Smith cree que la etimología de *undevel* debe referirse, más que a un calco sobre *¡on devel!*, 'por Dios', a la prefijación del artículo determinado gitano a *devel*, 'Dios', teniendo en cuenta que los dialectos gitanos de los Balcanes usan la palabra *Dios* siempre y exclusivamente con el artículo. Habría, pues, un paralelismo entre las formas *ondevel* y *ostevel*, con el desarrollo de unas *n* y *s* inorgánicas, respectivamente, en formas primitivas *o-devel*, *o-tebel*. La opinión de Gilliat-Smith encuentra el inconveniente de la vitalidad evidente en el gitano español, al lado de *undevel*, *ostebel*, de la forma *devel* que quita la categoría de argumento absolutamente convincente a su hipótesis. Las posibilidades de que la forma *¡on devel!* originara, o contribuyera a originar, la acuñación de *ondevel* no han quedado descartadas.

Entre los textos de D. Juan Valera que cité para explicar su actitud lingüística y el uso de una maldición gitana en *Pepita Jiménez*, olvidé uno de importancia en *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo* (ed. Artigas y Sáinz Rodríguez), Madrid, 1946, pág. 57 y sig., en que, refiriéndose a Galdós, dice: "A lo mejor, hasta en los momentos de más pasión y de más elevado estilo en los discursos de sus personajes, ingiere palabras bajas y feas de puro familiares..." La aversión de Valera al uso del lenguaje coloquial en sus novelas ha sido tomada en cuenta en el marco general de su estética, en el reciente estudio de M.

Olguín, *Juan Valera Theory of Art for Art's Sake*, en *Modern Language Forum*, XXXV, 1950, pág. 29. En el citado estudio de O. Deutschmann, *Formules*, se recoge la maldición de *Pepita Jiménez* como ejemplo de aquellas en que aparecen animales peligrosos que pueden matar a la persona que se maldice y es la única en que hay referencia a perros. Podría sacarse la impresión de que se trata de algo singular y peregrino, pero cada día me afirmo más en la convicción de que Valera recogió algo extremadamente difundido, en íntima asociación con otras maldiciones, en el folklore gitano-andaluz (1).

Las formas ponderativas *de mistó*, *de chipén*, *de butén*, etc., deberán ser estudiadas en el cuadro general que plantea la reciente tesis doctoral de H. Osten, *Die Hervorstehung im Spanischen*, Zürich, 1951.

Las formas como *mi menda*, a cuyos paralelos alemanes y franceses nos referimos en las "addenda", encuentran también su paralelo en el español antiguo en los "équivalents for yo" que cataloga J. E. Gillet en su edición *Propalladia and other works of Bartolomé de Torres Naharro*, Bryn Mawr, 1951, pág. 873 y sig. He comprobado la popularidad de la forma *mi menda* en el Sur y SE. de España que explica satisfactoriamente las formas apocopadas *mi men*, *su men*. *Mi menda* ha servido de título español a una película francesa de Maurice Chevalier, estrenada en Madrid en 1952, y cuyo título original era *Ma pomme* que significa en "argot" también 'yo'. Muchos madrileños, que conocían y usaban *menda*, encontraron extraño a su uso lingüístico la forma *mi menda* del título.

La difusión de la palabra *mongante* se debe, sin duda, a la abundancia de mendigos, pedigüenos y sablistas en la bohemia

(1) A los abundantes ejemplos que di en *Estudios*, añádanse las variantes de la maldición: J. M. Eguílaz, *El pillo y el caballero*, Castellón, 1883, pág. 13: "¡Que malos mengues te coman!"; M. Fernández y González, *La reina gitana* [1867], Madrid, 1942, pág. 19: "Malos mengues me traieren"; y M. M. de Santa Ana, *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, 1851, pág. 215: "Malos moros me traieren..."

madrileña del pasado; añádanse a los cuadros de costumbres que describen el tipo. C. Frontaura, *Cosas de Madrid*, Madrid, 1868, pág. 251 y sigs., y pág. 264 y sigs.; del mismo, *Caricaturas y retratos*, Madrid, 1868, pág. 65 y sigs., y pág. 165 y sigs., etc.; y J. López Pinillos, *Vidas pintorescas. Gente graciosa y gente rara*, Madrid, 1920, pág. 251 y sigs., etc.

M. L. Wagner, en *Filología*, II, pág. 176 y sigs., ha llegado a las mismas conclusiones que yo respecto a *juncal*. Wagner se limita, sin embargo, a referirlo a la raíz india *shuk-*, 'hermoso', sin tomar en cuenta las formas paralelas del primitivo *jucal*, como *jucó*, *juquí*, 'seco', 'delgado'. Las observaciones de B. Giliat-Smith, en *JGLS, Third Series, XXX, 1951, pág. 79*, sobre la infijación de una *n* inorgánica o adventicia en algunas palabras del gitano español (*majaró*, *manjaró*; *sapuni*, *sampuñi*) contribuyen a explicar la confusión *jucal*, *juncal*.

Sobre los verbos *azorar* y *azarar* escribí un artículo que había escapado a mi atención M. de Cavia, *Limpia y fija*, Madrid, 1922, pág. 1 y sigs., en que, partiendo de las etimologías aceptadas generalmente (*azorar* de *azor* y *azarar*, de *azar*, "en el sentido nefasto que daban nuestros ascendientes al vocablo") llega a las siguientes conclusiones: "La diferencia esencial entre *azarar* y *azararse* y *azorar* y *azorarse* me parece que es fácil de señalar —y si yerro, que me enmienden— diciendo que el sobresalto del hombre azarado se puede ocultar o disimular, al paso que el susto o la inquietud del azorado necesariamente ha de manifestarse por signos exteriores. Es decir, que yo puedo estar muy azorado por tal o cual causa y no mostrar al público el menor azoramiento." En un artículo contemporáneo del mismo autor, recogido en pág. 16 y sigs., llega a la siguiente conclusión: "Lo que hay es, en mi humilde opinión, que el primero [azararse] es el correcto y acicalado; el segundo [azararse] es vulgar y familiar." La interpretación de Cavia parece recoger un sentir común de los españoles y puede tener su raíz en la etimología popular y en un criterio convencional de la corre-

v su concurrencia con el gitanismo *achararse* suponen

J. de Entrambasaguas, "*Hacer el primo*", en *Estudios dedicados a D. Ramón Menéndez Pidal*, III, Madrid, 1952, página 78, nota, desecha, sin graves razones, el origen gitano de la palabra *lila*, sin tomar en consideración la existencia de formas como *liló*, *lililó*, *lilaila*, etc.

CARLOS CLAVERÍA.